

ésas apoyado en el brazo de un hermano suyo. Cierta día festivo, nos encontramos en una de las calles de la ciudad, y al mirarme y reconocerme por el escudo, se sonrió; pues era uno de sus mayores placeres el que sus educandos llevaran consigo el escudo del Colegio. Después de que pasó me quedé mirándole, y dos hombres sencillos que conversaban en la calle se callaron, y luégo dijo uno al otro:—Allí va.—¿Quién?—Monseñor Carrasquilla. Ciertamente, Monseñor Carrasquilla era conocido y querido en todas las esferas sociales.

—¿Sabes lo que se me ocurre?... Al recordar la alba testa de Monseñor Carrasquilla, en sus últimos años, se me antoja que se parece a nuestro nevado del Tolima. Porque así como aquel helero prodigioso sirve de fuente a los manantiales que le rodean, la blanca cabeza de aquel anciano ilustre alimentó por muchos años el manantial donde bebieron varias generaciones.

E. CABALLERO

LA VENDEDORA DE QUINTOS

Sola va por la calle, sólo la acompañan sus cuentas y sus quintos. De vez en cuando, al toparse con un viejo de mostachos o un muchacho afeitado, abre su boquita de labios pálidos y desgrana las palabras que con atrayente dejo, avisan:

Vendo loteria.....

Así pasa los días. Su trajecito hasta el empeine, con no pocos manchones que cuentan su pobreza, su pañolón ahumado, quizá su único abrigo y su gorro matizado por los soles y las lluvias que con frecuencia recibe y el que ella emplea como arma de defensa para ahuyentar a los gamines que la importunan, hacen una figurita simpática que atrae por su talle como pulido por mano de artista. Su cara perfilada y pálida con la nariz aguda, sus ojos de mirar entre suplicante y malicioso, impresionan agrada-

blemente, de tal manera que hacen muchas veces extender la moneda por el quinto, no en busca de la suerte sino atraído candorosamente por la mujercita de quince años, siempre risueña, como todas las almas que empiezan a abrir los ojos a la realidad y que ora se pierden en las inquietudes de la juventud o se sumen en los interrogantes de la sospecha sincera.

Así es su vida. Ella se desvela por cumplir con un deber que no comprende, nacido de sus propios sentimientos. Pero no por eso deja de tener sus ratos de expansión inocente en que deja de ser la hija que vela por una vida, para ser la niña que sueña, que ríe y que se olvida de la vida; de aquí que muchas veces sus travesuras la hagan poner triste.

No siempre al caer de la tarde resulta adelantada en su negocio. Se acercan las cinco de la tarde de un día caluroso y afanosa se la ve venir aquí, ir allí, salir acullá y como mariposa revolotea en todos los grupos, suelta su melodiosa voz y al sonar de las campanas de la iglesia vetusta que tocan ángelus, inclina su cabecita desgreñada y solloza de remordimiento por haber pasado distraída y no haber vendido nada.

Extiende su pie diminuto y se dirige al barrio extramuro palidecida por la fatiga y aterida por el viento que sopla helado y que hace ondear los anchurosos pliegues de su falda; se interna por una callejuela oscura y entra en un tugurio donde una mujer fatigada de vivir, desde el suelo, porque es reumática, le pide alimento, ya que ella es su único sostén moral y material en la vida, y al no poder suministrárselo por su descuido, en estrecho abrazo comparte con su madre su dolor y su miseria.

Al día siguiente la mujer diminuta madruga, porque en ese día sí ganará para las dos, y en realidad, de su esfuerzo, de sus andadas y de sus continuos avisos, saca buen producido y complacida devora con su madre las ganancias tornadas en alimento.

Pero, oh miserial, en un día frío y lluvioso, la calle estaba desierta; los viejos gordos y los patrones de bastón no la transitaban; estaba silenciosa y de vez en cuando un *Doctor* con priesa la cruzaba envuelto hasta las orejas en el sobretodo, sin duda para no sentirse importunado con la voz de la chicuela que corría allí y buscaba allá acompañando sus pasos del incesante canto:

Vendo lotería.....

Sonó el ángelus..., buscó en el profundo bolsillo cubierto con los pliegues de la falda como gruta de águila y lo sintió llano, no había vendido nada.

Acordándose de la vez pasada en que pesarosa había corrido a su casa llevando por fruto de su esfuerzo sólo lágrimas de resignación, prefirió demorar su regreso para ver si recolectaba algo y trocar así un abrazo de tristeza por una sonrisa complaciente, de esas con que las almas débiles expresan la alegría de su corazón.

Fue en balde su esfuerzo porque la noche con alas negras cerró las ventanas del sol. El frío y el viento se acentuaban más y más y ella avanzaba entenebreciéndolo todo. La lluvia daba a las lámparas del alumbrado ese irradiar opaco que en el profundo silencio de esas noches tormentosas impresionan el espíritu, dándole al momento cierto tinte de indecisión y de misterio y a las ciudades el aspecto de muertas. Fue esa una noche trágica.

La niña desapareció de la calle, no se volvió a oír su preocupado canto. Todo lo que hace las ciudades brillantes, bulliciosas, alegres, fastidiosas y tan desiguales como la miseria siempre creciente al lado del esplendor, representada más directamente en aquellos cuya vida agoniza sembrada en los quicios y pendiente de la caridad pública, había desaparecido. Fue esa noche de aquellas en que el mundo muere como tragado por gigantesca fiera.

Al alumbrar del nuevo día, apacible como todo el que ha llorado su dolor hasta agotarlo, dos agentes de policía recogieron del umbral de un portón el cuerpo rígido de una muñeca; era el de la vendedora de quintos.

Agosto, 1931.

J. FLOREZ B.